

CAPÍTULO XIV

ENTRADA TRIUNFAL EN LIMA

Al tiempo en que fracasaba la conferencia de Punchauca, quedaba roto el armisticio de Bolívar con los españoles y la guerra se encendía nuevamente en el norte. Tan segura se consideraba la posición de San Martín con respecto a Lima, que en marzo 5 de 1821, Bolívar, adelantándose a los sucesos, escribía desde Trujillo al general español La Torre: “Aunque sea desagradable para usted, me tomo la libertad de comunicarle la toma de Lima por el general San Martín y la derrota del general Pezuela, a fin de que este suceso ilumine al gobierno español sobre el verdadero estado de las cosas en América”. Lo cierto es que después de Punchauca se agravó la situación de los españoles en Lima y decidieron abandonar la ciudad. El 25 de junio se encontraba ya San Martín en la rada del Callao esperando el importante suceso, a bordo de una pequeña goleta de su propiedad, cuando lo visitó el capitán de navío inglés Basilio Hall, en quien el Libertador produjo la más indeleble impresión.

“A primera vista había poco que llamara la atención en su aspecto –dice Hall–, pero cuando se puso de pie y empezó a hablar, su superioridad fue evidente. Nos recibió muy sencillamente, en cubierta, vestido con un sobretodo suelto y gran gorra de pieles, y sentado junto a una mesa hecha con unos cuantos tablones yuxtapuestos sobre algunos barriles vacíos. Es hombre hermoso, alto, erguido, bien proporcionado, con gran nariz aguileña, abundante caballo negro, y grandes y espesas patillas oscuras que se extienden de oreja a oreja por debajo del mentón; su color era aceitunado oscuro y los ojos, que son grandes, prominentes y penetrantes, negros como azabache, siendo todo su aspecto completamente militar. Es sumamente cortés y sencillo, sin afectación en sus maneras, excesivamente cordial e insinuante, y poseído evidentemente de gran bondad de carácter; en suma, nunca he visto persona cuyo trato seductor fuese más irresistible. En la conversación abordaba inmediatamente los tópicos sustanciales, desdeñando perder tiempo en detalles; escuchaba atentamente y respondía con claridad y elegancia de lenguaje, mostrando admirables recursos en la argumentación y facilísima abundancia de conocimientos, cuyo efecto era hacer sentir a sus interlocutores que eran entendidos como lo deseaban. Empero, nada había de ostentoso o banal en sus palabras y aparecía ciertamente en todos los momentos perfectamente serio, y profundamente poseído de su tema. A veces se animaba en sumo grado, y entonces el brillo de su mirada y todo cambio de expresión se hacían excesivamente enérgicos, como para remachar la atención de los oyentes, imposibilitándola de esquivar sus argumentos. Esto era más notable cuando trataba de política, tema sobre el que me considero feliz de haberlo oído expresarse con frecuencia.”

“La gente se pregunta porqué no marcha sobre Lima al momento –decía San Martín–. Lo podría hacer e instantáneamente lo haría si así conviniese a mis designios; pero no conviene. No busco gloria militar, no ambiciono el título de conquistador del Perú; quiero solamente librarlo de la opresión. ¿De qué me serviría Lima, si sus habitantes fueran hostiles en opinión política? ¿Cómo

podría progresar la causa independiente si yo tomase Lima militarmente y aun el país entero?... Muy diferentes son mis designios. Quiero que todos los hombres piensen como yo y no dar un solo paso más allá de la marcha progresiva de la opinión pública; estando ahora la capital madura para manifestar sus sentimientos, le daré oportunidad de hacerlo sin riesgo. En la expectativa segura de este momento, he retardado hasta ahora mi avance; y para quienes conozcan toda la amplitud de medios de que dispongo, aparecerá la explicación suficiente de todas las dilaciones que han tenido lugar. He estado ciertamente ganando, día a día, nuevos aliados en los corazones del pueblo. En el punto secundario de fuerza militar, he sido por las mismas causas igualmente feliz, aumentando y mejorando el ejército libertador, mientras el realista ha sido debilitado por la escasez y la deserción. El país ahora se ha dado cuenta de su propio interés, y es razonable que los habitantes tengan los medios de expresar lo que piensan. La opinión pública es máquina recién introducida en este país; los españoles, incapaces de dirigirla, han prohibido su uso; pero ahora experimentarán su fuerza e importancia.”

Todavía le hizo Hall una visita antes de la entrada en Lima, y San Martín se expresó así: “Todo mi deseo es que este país se maneje por sí mismo y solamente por sí mismo. En cuanto a la manera en que ha de gobernarse, no me concierne en absoluto. Me propongo únicamente dar al pueblo los medios de declararse independiente estableciendo una forma de gobierno adecuada, y, verificado esto, consideraré haber hecho bastante y me alejaré”.

También nos cuenta Hall algunas preciosas anécdotas que hacen luz sobre el carácter del prócer y sobre su vida cotidiana: “Es proverbialmente difícil descubrir el temperamento y carácter real de los grandes hombres y, por consiguiente, yo estaba atento a aquellos pequeños rasgos de San Martín que parecían proyectar luz sobre su disposición natural y debo decir que el resultado fue muy favorable. Me apercibí, especialmente, de la manera bondadosa y cordial de vivir con los oficiales de su clase y con todos aquellos a quienes sus ocupaciones lo obligaban a tratar.

Un día, en su mesa, después de comer, lo vi sacar la cigarrera y, mientras sus pensamientos estaban evidentemente muy lejos, escoger un cigarro más cilíndrico y compacto que los demás y darle una mirada inconsciente de satisfacción, cuando una voz desde la extremidad de la mesa, resonó: – ¡Mi general!... –Volvió de su ensueño y, erguida la cabeza, preguntó quién había hablado. –Era yo... –dijo un oficial desde su asiento, que lo había estado observando–. Solamente deseaba pedirle el favor de un cigarro. – ¡Ah... ¡Ah! –dijo sonriendo bonachonamente San Martín, y al punto tiró su cigarro al oficial acompañándolo con una fingida mirada de reproche.

“Con todos era afable y cortés –prosigue el marino inglés–. Tuve ocasión de visitarlo una mañana temprano, a bordo de su goleta, y no habíamos estado mucho tiempo hablando juntos cuando los marineros empezaron a lavar la cubierta. –Qué plaga es –dijo San Martín– que estos muchachos insistan en lavar la cubierta de este modo... Deseo, amigo –dijo a uno de los hombres–, que no nos moje y se vaya a la otra banda... El marinero, que tenía que cumplir su deber y estaba bien acostumbrado a las suaves órdenes del general, prosiguió su tarea y nos salpicó... –Temo –exclamó San Martín– que tengamos que bajar, aunque mi camarote no sea más que un agujero miserable, porque en realidad no se puede persuadir a estos muchachos que dejen su modo habitual”.

“Estas anécdotas y muchas otras de la misma laya son muy insignificantes, es cierto; pero estoy equivocadísimo si no dan mayor penetración de la disposición real, que una larga serie de actos oficiales; pues la virtud pública desgraciadamente se considera tan rara, que nos hace desconfiar de un hombre en el poder, por los mismos actos que, en condición humilde, hubieran conquistado nuestra confianza y estimación.”

En los primeros días de julio de 1821, el virrey La Serna decidió hacer abandono de la ciudad para retirarse, con su ejército todavía muy respetable, hasta la sierra, y combatir a su enemigo desde el interior del país. San Martín hizo su entrada el 12 de julio. Quince días antes, Bolívar había chocado con el general español La Torre en el llano de Carabobo y obtenido una espléndida victoria equivalente a la de Maipú, para los americanos de Venezuela. Después de aquel hecho glorioso, el Libertador Bolívar escribió a San Martín: “Excelentísimo Señor: Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi a mi patria libre, fue Vuestra Excelencia, el Perú y su ejército libertador. Al contemplar que ya ningún obstáculo se oponía a que yo volase a extender mis brazos al Libertador de la América del Sur, el gozo colmó mis sentimientos. Vuestra Excelencia debe creerme: después del bien de Colombia, nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de Vuestra Excelencia, tan digna de llevar sus estandartes gloriosos donde quiera que haya esclavos que se abriguen a su sombra.

“¡Quiera el cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú! Pero él marcha penetrado de la confianza de que, unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverán ni aun a mirarlo...”

Y al director de Chile, O`Higgins: “Desde el momento en que la providencia concedió la victoria a nuestras armas en los campos de Carabobo, mis primeras miradas se dirigieron al sur, al ejército de Chile. Lleno de los más ardientes deseos de participar de las glorias del ejército libertador del Perú, el de Colombia marcha a quebrantar cuantas cadenas encuentre en los pueblos esclavos que gimen en la América meridional”.

La entrada de San Martín en Lima se parece mucho a las entradas que hizo en Buenos Aires después de Chacabuco y después de Maipú.

“En vez de venir con pompa oficial, como tenía derecho a hacerlo –dice Hall–, esperó oscureciese para entrar a caballo y sin escolta, acompañado por un simple ayudante. En realidad, fue contrario a su intención primitiva entrar en la ciudad este día, pues estaba fatigado y deseaba ir tranquilamente a descansar en una quinta situada a legua y media de distancia, para entrar a la mañana siguiente al venir el día.”

“En lugar de ir directamente a palacio, San Martín fue a casa del marqués de Montemira, que se hallaba en su camino, y conociéndose al momento su venida, se llenaron pronto casa, patio y calle. Sucedió que me hallaba en una casa de la vecindad y llegué al salón antes que la multitud fuese impenetrable. Ansiaba ver la manera de comportarse del general en momento de no ordinaria dificultad y, en verdad, se desempeñó muy bien. Había, como puede suponerse, grande entusiasmo y lenguaje muy agitado en aquella ocasión; y para un hombre innatamente modesto y

con natural aversión a exhibición u ostentación de cualquier clase, no era muy fácil recibir estas laudatorias sin mostrar impaciencia.”

El mismo Hall describe escenas muy interesantes, en que se revela la efusión con que el pueblo limeño aclamaba a su libertador y los extremos a que llegaban algunas damas en su entusiasmo. Una de ellas “cayó a sus pies y le abrazó las rodillas”. “En seguida fue asaltado por cinco damas – sigue Hall– que al mismo tiempo querían abrazarle las rodillas; pero como esto no podía hacerse, dos de ellas le trabaron el cuello y las cinco clamaban tanto por atraer su atención y pesaban tanto sobre él, que tuvo alguna dificultad para mantenerse en pie. Pronto las satisfizo, con una o dos palabras bondadosas, y luego, viendo una niña de diez o doce años perteneciente al grupo, pero que había estado temerosa de acercarse, levantó a la asombrada criatura y, besándole las mejillas, la volvió a bajar en tal éxtasis, que la pobrecita apenas sabía dónde se encontraba.”

“Su manera fue completamente diferente con la persona que en seguida se adelantó: un fraile joven, alto, huesudo, de faz pálida, con ojos hundidos, azules oscuros, y una nube de cuidado y disgusto vagando por sus facciones. San Martín adoptó aspecto de seria solemnidad, mientras oía el discurso del monje, que aplaudía su modo pacífico y cristiano de entrar en una gran ciudad, conducta que, confiaba, sería solamente anticipo del suave carácter de su gobierno. La respuesta del general fue en el mismo estilo, alzando solamente un poco más la voz, y era de ver cómo la manera ceremoniosa y fría del sacerdote se animaba gradualmente por la influencia de la elocuencia de San Martín; pues, al fin, olvidando su carácter tranquilo, batió palmas y gritó: –¡Viva, viva nuestro general! –No, no –dijo San Martín–; no diga así, diga conmigo: ¡Viva la independencia del Perú!”

Entraron luego al salón los miembros del Cabildo, muy emocionados. “Viejos, viejas y mujeres jóvenes, pronto se agruparon en torno de él; para cada uno tuvo una palabra bondadosa y apropiada, siempre yendo más allá de lo que esperaba cada persona que a él se dirigía. Durante esta escena estuve bastante cerca para observarlo atentamente; pero no pude distinguir, ya sea en sus maneras o expresiones, la más mínima afectación.” En esas circunstancias San Martín advirtió en el recinto al capitán Hall: “Mientras estaba observándolo así, me reconoció, y atrayéndome hacia él, me abrazó a estilo español. Di lugar a una bella joven, que, con grandes esfuerzos, había atravesado la multitud. Se arrojó en los brazos del general y allí se mantuvo durante un buen medio minuto, sin poder proferir otra cosa que: ‘¡Oh, mi general, mi general!’”. San Martín, que había sido sorprendido por su entusiasmo, la apartó atrás, gentil y respetuosamente, e inclinando su cabeza, dijo, sonriendo, que debía permitírsele demostrar su grato sentimiento de tan buena voluntad con un beso cariñoso. Esto desconcertó completamente a la sonrojada beldad, que, dando vuelta, buscó apoyo en el brazo de un oficial, quien le preguntó si ahora estaba contenta: ¡Contenta –exclamó–, oh, señor!”

Al día siguiente ya el general estaba trabajando en su cuartel “un poco afuera de las murallas en el camino del Callao”. “Había venido –sigue Hall– desde la casa del marqués de Montemira y estaba lleno de ocupaciones. Un anciano entró en ese momento con una niña cargada en brazos, con el único fin de que el general la besase, cosa que él cordialmente hizo; el pobre padre salió

perfectamente feliz. La siguiente persona que entró, entregó una carta al general de manera algo misteriosa y, averiguando, supimos que era un espía que había sido enviado al campamento enemigo. Siguió una diputación de la ciudad. De este modo pasaba de una cosa a otra con admirable rapidez, pero no sin método y con gran paciencia y cortesía para todos.”

Ese mismo día decidió el general dar su primera recepción en el viejo y suntuoso palacio de los virreyes. Recibió a los jefes de la administración, pero también estaba allí dentro el capitán Hall, que al parecer no lo abandonaba. Recibió en un salón que daba sobre una galería del patio y jardín del palacio. “Durante la recepción –dice Hall– las ventanas estaban llenas con multitud ansiosa, esforzando sus ojos para ver rápidamente a San Martín. Al pasar junto a uno de estos grupos femeninos, me pidieron condujese al general, si era posible, cerca de la ventana donde se hallaban. En consecuencia, después de consultar a uno de los ayudantes, ideamos entre nosotros hacerlo entrar en conversación acerca de unos despachos que iba yo a enviar, y llevarlo, entretanto, hacia nuestras amigas. Cuando había casi llegado al sitio, estuvo a punto de dar vuelta, lo que nos obligó a revelarle nuestro plan; rió e inmediatamente se acercó a las damas y después de charlar con ellas algunos minutos las dejó encantadas de su afabilidad”...

La entrada de San Martín en Lima se difundió a todos los vientos de América y fue celebrada con gran júbilo por doquier.

En los últimos días de agosto, hubiera podido verse galopando desde Mendoza a Córdoba, con mucha premura, un jinete portador de una carta que decía así: “De Masmutt a Juan Watson, en Córdoba: A una hora después de medio día, Santiago 12 de agosto de 1821: Mi querido Watson: nuevas glorias... nuevas acaban de llegar en este momento de la toma de Lima. El Moctezuma acaba de llegar a este puerto con el oficio de que el general San Martín ha entrado en Lima... Usted pagará ciento cincuenta pesos a Guarés si fuese el primero que diese esta noticia”. De Córdoba pasó la noticia a otras ciudades, transmitida por su gobernador, y las poblaciones, apenas libradas de la guerra civil, celebraron la victoria de América. El gobernador de Córdoba decía al de Santa Fe que el enviado Guarés había llegado antes que el correo Escalera con la correspondencia oficial, y el mandatario santafecino, desde Rosario, se apresuraba a comunicar al delegado: “Por los adjuntos partes se instruirá V.S. de la importantísima noticia... Ya no debemos dudar que tendremos patria. ¡Loor eterno al benemérito americano que ha salvado la América cubriéndola de gloria!...Espero que las demostraciones de júbilo correspondan al bien general que reportaremos”.

“Se repicó a las oraciones mucho –dice el diario de un vecino de Santa Fe– y salvas de cañón.” Y el gobernador López escribió al de Entre Ríos, Mansilla, antiguo oficial del ejército de los Andes: “Nos hallamos celebrando la gloriosa nueva de la rendición, del único asilo a que se había refugiado el resto de los peninsulares... Los adjuntos impresos le impondrán a V.E...” A su vez el gobernador de Entre Ríos, en oficio al de Buenos Aires, hablaba del júbilo que habían producido en la provincia “los triunfos de la causa en Lima y libertad del Perú, debidos a los esfuerzos del inmortal general José de San Martín”.

Así se solidarizaban las provincias argentinas con el héroe lejano que, ya para entonces, había dispuesto en Lima la reunión de un Cabildo abierto que decidió proclamar la independencia absoluta del Perú, lo que se llevó a cabo en acto solemne el 28 de julio. “Las tropas formaron en la plaza Mayor en cuyo centro se levantaba un alto tablado –escribe Hall–, desde donde San Martín, acompañado por el gobernador de la ciudad y algunos de los habitantes principales, desplegó por primera vez la bandera independiente del Perú, proclamando al mismo tiempo con voz esforzada: ‘¡Desde este momento el Perú es libre e independiente por voluntad general del pueblo y por la justicia de su causa, que Dios defiende!’ Luego, batiendo la bandera, exclamó: ‘¡Viva la patria! ¡Viva la independencia! ¡Viva la libertad!...’, palabras que fueron recogidas y repetidas por la multitud que llenaba la plaza y calles adyacentes, mientras repicaban todas las campanas y se hacían salvas de artillería entre aclamaciones tales como nunca se habían oído en Lima. Después de hacer el circuito de Lima, el general y sus acompañantes volvieron al palacio para recibir al lord Cochrane, quien acababa de llegar del Callao.

“La ceremonia fue imponente. El modo de San Martín era completamente fácil y gracioso, sin que hubiese en él nada de teatral o afectado. Algunas veces creí haber percibido en su rostro alguna expresión fugitiva de impaciencia, pero, prontamente, reasumía su aspecto acostumbrado de atención y buena voluntad para todos los que lo rodeaban.”

A la ceremonia de la proclamación, siguió por la noche un gran baile en palacio, de cuya alegría – dice Hall– “participó el mismo San Martín cordialmente. Bailó y conversó con todos los que se hallaban en el salón, con tanta soltura y amabilidad, que de todos los asistentes, él parecía ser la persona menos embargada por cuidados y deberes. En los bailes públicos y privados prevalece una costumbre extraña en este país. Las damas de todo rango, no invitadas, vienen veladas y se paran en las ventanas o en los corredores, y a menudo entran en el salón. Se las llama ‘tapadas’, porque sus rostros están cubiertos y su objeto es observar la conducta de sus amigos, que no pueden reconocerlas, a quienes atormentan con dichos maliciosos, siempre que están al alcance de su voz. En palacio, la noche del domingo, estaban las ‘tapadas’ algo menos adelante que de costumbre, pero en el baile del Cabildo, dado con anterioridad, la parte inferior del salón estaba llena de ellas, y mantuvieron un fuego graneado de bromas con los caballeros al finalizar el baile.”

AGENDA DE LECTURAS

Las relaciones del capitán de navío Hall las encontrará el lector en el libro *El general San Martín en el Perú*, traducción de Carlos A. Aldao. Hay dos ediciones; una, de la antigua Biblioteca de La Nación y otra, de La Cultura Argentina, bastante raras, ya, en el comercio. Dichas relaciones figuran también en *San Martín visto por sus contemporáneos*. Referencias sobre la noticia de la entrada en Lima, tal como llegó al Río de la Plata, pueden encontrarse en *La Gaceta* de 1821 y en la *Historia de Santa Fe* de Manuel M. Cervera. El oficio de Estanislao López al gobernador delegado de Santa Fe es documento inédito y se conserva en el Archivo Histórico de Santa Fe. El oficio de López a Mansilla, en el Archivo de Paraná (Entre Ríos). La comunicación de Mansilla al gobernador de Buenos Aires, en *Recopilación de leyes, decretos y acuerdos de Entre Ríos*. La anotación sobre

los festejos en Santa Fe se halla en el *Diario* de Díez de Andino, ya citado. La silueta del general San Martín por el coronel venezolano Tomás Heres, está en las *Memorias* del general Florencio O`Leary, muy difundidas por la Editorial América (Biblioteca Ayacucho) con el título de *Bolívar y la emancipación Sur América*, edición con injertos del mismo editor, en que se intenta disminuir a cada paso la figura de San Martín. Las cartas de Bolívar figuran en la colección ya citada. Quien desee informarse ampliamente sobre Bolívar deberá consultar la obra conocida generalmente por Colección Blanco y Auzpurúa, titulada *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, etcétera, obra muy rara y que podrá encontrarse en la Biblioteca del Museo Mitre o en la Nacional.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Cap. XIV. pp. 155-166. 2ª ed. Buenos Aires: Emecé, 2000.